

CAPÍTULO VII.

No era la casualidad la que había llevado al digno prior de la Rábida al encuentro de su amigo.

Habían transcurrido siete meses y medio desde la partida de la escuadrilla, y excediendo ya desde muchos días el término en que podía razonablemente esperársela, consumía en su observatorio todo el tiempo que le dejaban libre los deberes de su cargo. Allí, fijos los ojos en el mar, pasaba alternativamente de la oración al cálculo y al sueño, mientras que las cuentas de su rosario pasaban entre sus dedos más distraídos á veces de lo que él hubiera querido.

Apénas se le veía ya bajar á Palos donde cada mirada le parecía un cargo hecho al amigo, al protector del aventurero genoves, por quien estaba la poblacion de luto de tantos marinos queridos y utiles á sus familias.

Por esto, cuando en la madrugada del 15 de marzo de 1493, se presentó impensadamente en lo alto de la callejuela que conduce al puerto, ántes que hubiese llegado al muelle, jadeando, sofocado por la emocion y la rapidez de su caminar, hasta el extremo de no poder hablar, había corrido ya de casa en casa una voz de llamamiento, y, al instante, como por arte de magia, todos los habitantes de la poblacion estaban reunidos en torno de él.

Y es que efectivamente, y como se había adivinado, el primero que había comprendido el genio de Colon, había sido tambien el primero que había reconocido *la Niña*, por su casco, y el primero tambien que había querido traer la buena noticia á los que más de cerca estaban interesados en ella.

La realidad no tiene ejemplos ni imágenes para expresar lo que fué en el primer momento la alegría, el delirio de aquellas pobres gentes; sólo la fábula, que estaba ya muy de moda en aquella época, podría darnos una idea de ello: «Por toda la ciudad de Palos, hubiese dicho un Pomponio Lætus, regresaban los marinos de *la Niña* de más allá que Hércules trayendo de los infiernos á Teseo y Piritoo,» sin contar que se esperaba verles traer de allá algo más precioso.

Sin embargo, tal como se anunciaba el suceso, aún podía dejar lugar á inquietudes. De las tres carabelas salidas del puerto, una sola entraba en él, la más pequeña; pero cómo regresaba llevando pabellon almirante, ¿no había fundamento para temerlo todo por las otras dos, las mayores? Si pues el padre Marchena podía con razon creerse seguro de ver otra vez muy pronto á su amigo, ¿cuántas familias no parecían estar amenazadas del más amargo desengaño?

Finalmente, como en nuestra naturaleza sucede que cuanto más nos favorece la suerte, más exigimos de ella, algunos reputaban ya por muy poca cosa la vuelta de la expedición, si no había conseguido su objeto, y ¿cómo dudar de ello, segun el poco tiempo que había durado, y el único barco que refería noticias de ella?

Era evidente que siete meses y doce días no habían podido bastar para conquistar el país del oro y de las especias y regresar despues de haberlo conquistado, convertido, y sujetado á contribucion.

Así es que tal ó cual habitante de Palos que aún la víspera anterior se desesperaba contando las horas, medio seguro ya hoy acerca de la vida de los suyos, manifestaba su inquietud acerca de los resultados materiales de esta expedición que debía haber enriquecido á todo el país, y casi reprendía en Colon un retorno cuya prontitud hacia presagiar un engaño.

Pero no debía tardar en aclararse este último extremo.

Desde el primer momento que se había divisado *la Niña*, aunque cargada hasta sumergirse, cierto semblante de ostentacion temeraria había dado el presentimiento de un triunfo. Nolo á lo ménos así lo pretendía, confesando, no obstante, que él no estaba allí; pero, ¿no se reconoce, decía él, desde léjos un buque que ha tenido un viaje afortunado tan fácilmente como un cazador que ha matado caza en abundancia?

La Niña, por otra parte, no había tardado en hablar más recio y claro por la boca de sus cañones, por sus señales, por los vivos de su tripulación repetidos á ambas orillas del Odiel, y á los que respondía ya en todo el pueblo una aclamacion dominada apénas por el alegre repique de las campanas.

Yo no sé absolutamente, pero es lo cierto que así sucede, donde se encuentran en semejantes casos, las flores, los jarros, los lienzos sembrados de flores, las alfombras, las imágenes santas, que, en un abrir y cerrar de ojos, convierten una pobre aldea en un lugar encantado.

Desde su desembarco caminó Colon hasta la iglesia sobre alfombras de flores, retama, laurel y rosas, debajo de guirnalda de follaje que se cruzaban de azotea en azotea; hasta había inscripciones, una de las cuales que estaba en verso, se había puesto encima de la puerta del barbero.

Pero lo que enterneció más que todo á Colon, fué la embriaguez de gratitud que veía manifestarse en todos los semblantes. Sabíase ya la disposicion expresa

por la que se había esforzado en devolver á la pequeña ciudad todos los hijos que de ella se había llevado, muy á pesar suyo, como no se habrá olvidado. Dejó embarcar en *la Niña* todos los que había podido llevar. Los restantes, en muy corto número, habían tomado pasaje en *la Pinta*. Pues bien, en el mismo instante que se cantaba el *Te-Deum* en la iglesia y en los atrios exteriores, porque aquel día la iglesia fué demasiado pequeña, *la Pinta*, anclaba tambien en el puerto, y de toda su tripulación faltaba un solo hombre al llamamiento y faltaba á él voluntariamente. Este hombre, que, no obstante era de Palos, era el capitán de *la Pinta*, el infiel, y ya podemos decir el infortunado Alonso Pinzon, quien desde que hubo visto *la Niña* llegada ántes que él al puerto y llevando pabellon almirante, se había hecho desembarcar, y había emprendido la fuga fuera de camino. Este vergonzoso recurso era el único que momentáneamente pudo librarle del justo castigo que su traicion merecía.

Efectivamente, había desembarcado apénas en el golfo de Vizcaya, despues de aquella tempestad en la que no dudaba que habria naufragado *la Niña*, y había dirigido ya á los dos reyes una carta de notificacion, en la que se atribuía toda la honra de los descubrimientos de Colon. La aterradora respuesta que recibió de la corte pocos días despues de haber visto la triunfal vuelta del Almirante, acabó de desesperarle de tal manera, que murió repentinamente y sin que su muerte fuese notada, sin que ni ménos causara la más minima sensacion.

Este fué el fin deplorable de un hombre dotado de grandes talentos, de un marino justamente estimado, á quien aseguraba un brillante porvenir la parte que había tomado en el descubrimiento del nuevo mundo. Puede contársele entre las celebridades víctimas de la más ciega, y es preciso creerlo, de la más indomable de las pasiones. Ojalá que las faltas que le hizo cometer, al término de una carrera hasta entónces irrepreensible, quedaran expiadas por los tormentos que le causó y la mancha que dejó impresa en su nombre.

En cuanto á Cristóbal Colon, puede pensarse cuán inmensamente le alivió este suceso por no haber tenido que castigar á un hombre á quien no hubiera podido perdonar esta vez. La alegría que tuvo al ver otra vez *la Pinta* fué pues completa como la de los habitantes de Palos que no tuvieron que deplorar ninguna baja.

La pequeña poblacion reconoció todo lo que debía á Colon por haber dispuesto tan bien las cosas, pero vió tambien en la manera como habían sucedido una disposicion expresa de Aquél que todo lo dispone; el día de la llegada había acompañado al Almirante y á todos sus marineros á la iglesia, donde habían dado gracias á Dios con un solo y mismo corazón; el día siguiente, les siguió tambien á la iglesia de Santa María de la Rábida, donde, descalzos y en camisa, como pobres náufragos salvados, iban á cumplir un voto hecho solemnemente en el mar.

El padre guardian dijo la misa, pero ¡qué misa! Jamas tal vez, desde el sacrificio del Calvario, no se ofreció á Dios con más fé ni se recibió con más amor, con motivo de un acontecimiento más notable y más evidentemente providencial.

Dada la comunión y dicha la misa, saliéndose de la multitud Juan Pérez y Cristóbal Colon, subieron juntos la escalera de aquel humilde observatorio donde tantas veces habían agitado juntos los destinos del mundo; y allí finalmente comenzaron entre sí,—¡con qué dulzura!—unas confianzas y una conversacion á la que está en vuestra mano, queridos lectores, asistir todos y escuchar.

Ya conocéis á los personajes: nuestros artistas os los han hecho ver y tocar, y sabéis tan perfectamente lo que hablan ahora, que yo apostaría podríais servirles de apuntadores, si despues de tanto tiempo descuidaran algun detalle de su papel.

La escena puede hacerse revivir tan fácilmente como los actores: un aposento bastante ancho, sin muebles, blanqueado; anchas ventanas que dan al mar; algunos asientos alrededor de una mesa llena de esferas, libros y planos, á los que Colon acaba de añadir sus propios mapas y su diario de viaje, que aún no está compendiado; finalmente, en la pared, encima de los dos amigos, una hornacina pequeña, y dentro de la misma una imágen de la Virgen Santísima, coronada con flores frescas, y á cuyo pié se lee: *Ave, maris stella!*

Ahora ya veis y oís; ¿verdad? Esta escena más sencilla, más grande, más tierna que ninguna de las que hemos tratado de describir ántes revive en vuestros corazones; porque, si es verdad que comprender es igualar, Colon tuvo allí por confidente de su corazon y de su genio un genio ó á lo ménos un corazon igual al suyo. Raro concierto, pero que no le fué dado encontrar ni en la corte, ni en los mares, ni en sus relaciones con ningun sabio laico, en ninguna parte, en una palabra, sino en aquel convento donde la más grande de las empresas marítimas maduró bajo los rayos luminosos de la estrella de los mares.

Al cabo de dos días apénas concedidos á tan dulces desahogos y á las relaciones que debía á sus huéspedes, á sus hermanos de San Francisco, comenzó Cristóbal Colon á dedicarse á las numerosas ocupaciones que le imponía el buen éxito de su empresa.

Desde Lisboa había enviado ya secretamente á los dos reyes un breve resumen de sus descubrimientos; despues redactó una exposicion ménos sucinta de los mismos, que la envió á la corte, que entónces se encontraba en Barcelona.

Al propio tiempo se apresuraba á participar su regreso á su esposa y á sus dos hijos, que no habían salido de Córdoba, y dirigía á su padre, á aquel padre querido que, por fortuna vivía aún, un mensajero de confianza, portador de una carta, en la que, dando al anciano la buena noticia, le suplicaba que le confiara en lo sucesivo á su hermano Diego, cuyo porvenir creía él poder asegurar.

Este Diego debió de hacer entónces muchos envidiosos, en aquella ciudad de

